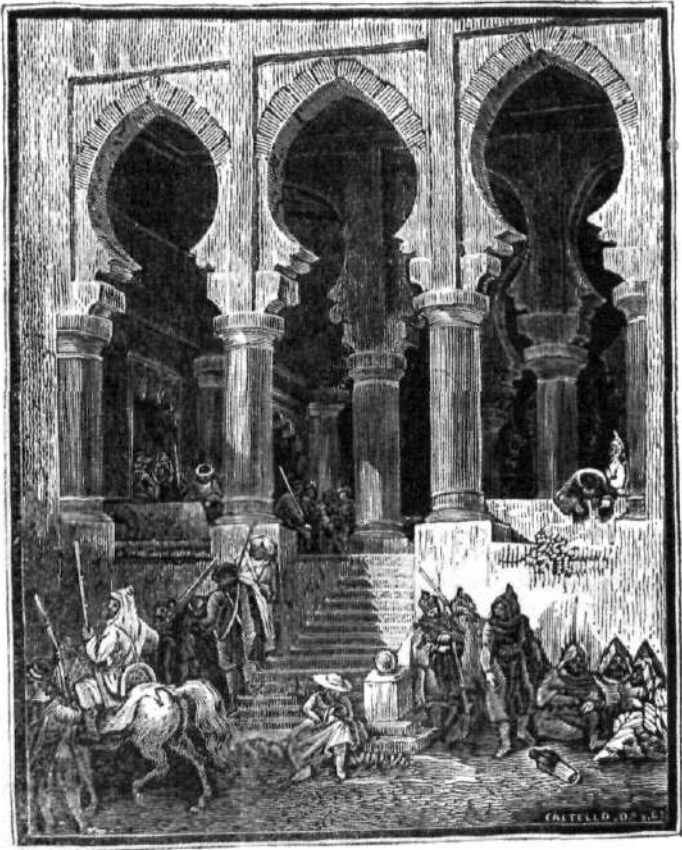


EL PANORAMA.



Vista de la Tesoreria de Tanger.



# TANGER.

## TOPOGRAFIA.



ASTANTE particular es el aspecto de Tánger visto desde el mar; cual conviene á una ciudad árabe; casas blancas edificadas sin órden en la cima y costados

de un monte, murallas con almenas, cañones de hierro en las troneras, turbantes encima de los cañones, una bandera encarnada, una playa árida y desierta y un mar magnífico. Pero hay una cosa que destruye la originalidad del cuadro, y son los palacios de los Cónsules europeos que desfiguran con su lujo el pueblo africano, principalmente el de España, que se asemeja á una fortaleza y domina todos los alrededores. Si Tánger no es ya un presidio europeo, lo ha sido hasta fines del siglo XVII, época en que fué abandonada por los ingleses que la heredaron de los portugueses. Tuvieron cuidado al retirarse de arruinar el muelle, que no ha vuelto á reedificarse, y que hace la bahía poco segura contra los vientos de oeste. Protegida del otro lado por la punta de Malabate, lo es contra los vientos menos peligrosos del este. Luego que se retiraron los ingleses, volvió Tánger á poder de los emperadores de Marruecos, y así ha permanecido hasta el día, siendo ahora una poblacion de unos

nueve á diez mil habitantes, de los que dos mil al menos son judíos.

La primera cosa que llama la atencion en una ciudad árabe á un europeo es el traje. El de los marroquies es pintoresco, pero sencillo, y en esto difiere del de los argelinos que es rico y suntuoso. Los moros de Occidente han permanecido mas apegados á los usos antiguos, y no llevan ni oro ni pedrerías. La parte principal y verdaderamente original del traje marroquí, por ser la que imprime el carácter nacional, es el Haik, especie de sobre todo de tela de lana muy ancho que rodea todo el cuerpo; pero de tal modo, que en nada perjudica á la libertad de movimientos. Después del traje, lo que mas escita el interés es el silencio tan grande que se observa, de tal modo, que con nada puede compararse, puesto que hasta la mas insignificante aldea cristiana, suele tener campanas, que no hay en las poblaciones musulmanas. De dos en dos horas sube el muedzin al minaret y, desplegando un estandarte blanco, llama los fieles á la oracion con voz monotoná y temblorosa; y verdaderamente es difícil oír nada mas triste que semejante ruido, principalmente de noche. Tánger no tiene mas que una mezquita que sea de mediana apariencia, la cual sostiene un minaret cuadrado muy alto y cubierto de ladrillos verdes que relucen al sol. Esta mezquita está siempre abierta y los fieles pueden entrar á orar á

todas horas del día y de la noche. con tal que dejen las babuchas á la puerta.

La sola parte de Tánger que tiene un verdadero carácter es la ciudadela ó Kasba, construida en la cima de un montecillo que domina la ciudad; en ella está la tesorería, cuya vista damos á nuestros lectores. Se sube á la ciudadela por una áspera y tortuosa senda; y una de sus puertas dá al campo. Aunque se reconoce que en otro tiempo habrá sido muy fuerte, actualmente está casi arruinada. Apesar de ello es un monumento árabe digno de estudiarse. Difícilmente se descubriría en su construcción un plan determinado, y las torres, murallas y parapetos parecen construidos á la casualidad y con tal desorden, que se confunde la vista. Se entra en la parte interior por un corredor estrecho, oscuro y tortuoso que dirige á un patio adornado de columnas, que son evidentemente romanas, y al que dan muchas habitaciones por el estilo de las de la Alhambra de Granada y el Alcazar de Sevilla, aunque mucho menos espaciosas y menos adornadas. Sin embargo, los techos cóncavos y de madera esculpida están trabajados con suma delicadeza y admiran, aunque están la mitad derribados: las paredes están llenas de preciosos arabescos, pero los han blanqueado tantas veces que por algunas partes apenas se conocen ya. Las puertas, que estaban esculpidas con la misma delicadeza que los techos, están casi podridas, aunque á la verdad nada tienen que cerrar, puesto que las habitaciones solo sirven para dar asilo á una turba de gongondrinas y palomas. Los patios están embaldosados de piedra tena, y algunos con mucho gusto. Una escalera tan deteriorada como todo lo demas conduce á las azoteas; y aunque la subida es penosa se encuentra el desquite arriba por el aire puro que se respira y el magnífico horizonte que se presenta á la vista. Estas azoteas, que no carecen de elegancia, no forman todas un solo piso, sino que están escalonadas unas sobre otras y separadas por los patios interiores.

Al pie de los mismos muros de Tanger

por el lado del campo, hay unos grandes hoyos que sirven para conservar el trigo. El suelo retumba, y á veces se hunde al pasar las caballerías; y como nadie se apresura á cerrar los agujeros se corre riesgo de noche de caer y aun de quedar enterrado. Allí es adonde se verifican todos los martes y jueves mercados que ofrecen el golpe de vista mas pintoresco que puede darse. Véndese en ellos de todo y es fácil poder apreciar allí el estado de la industria y de la civilización indígenas; reinando mucha menos confusión de la que pudiera creerse. Todos los artículos estan dispuestos por su orden y se puede andar de una parte á otra sin ninguna dificultad, manteniendo el orden patrullas de soldados con palos ó fusiles y presenciando la ceremonia un comisionado especial. Todo el que infringe los reglamentos es castigado sobre la marcha, lo mismo que los que engañan en el peso, medida, precio ó calidad de las mercancías; y aunque este modo de proceder tenga sus inconvenientes, es acaso el único que conviene á un pueblo bárbaro. Domina la plaza del mercado una altura en la que hay una mezquita abierta y sin techo; es decir, cuatro paredes. Allí es donde se celebra la fiesta del carnero todos los años en el mes de mayo. Uno de los concurrentes, que suele ser el que tiene mejores piernas, degüella un carnero á la puerta del dicho edificio y, cargando con él corre hácia la ciudad. Si llega á la mezquita principal antes que el animal haya espirado es señal de que la cosecha será muy abundante; pero si muere el carnero antes de llegar al término se tiene por funesto presagio de esterilidad, y toda la población grita y gime esperando la futura calamidad. No lejos de la mezquita está el sepulcro de un Santon adornado con una bandera roja, que sirve de asilo para todos los criminales y perseguidos por la justicia, sin que ninguna fuerza humana, aunque sea la del mismo Iman, pueda arrancarlos de aquel sitio sagrado.

Un poco mas allá del mercado está el cementerio musulman, que es muy sencillo

sin ningun adorno ni inscripcion. Unas pequeñas paredes de dos pies de alto señalan las divisiones y crece por todas partes la yerva con entera libertad por aquel sitio, abierto como las mézquitas y sepulcros de los santones. Todos los viernes ( que son los domingos de los moros ) salen las mugeres de la ciudad y van á visitar el cementerio. Cubiertas con el haik blanco vagan silenciosamente por el campo, de modo que cualquiera las tomaria por las sombras de los muertos que van á llorar y á consolarse. Los hombres respetan esta peregrinacion y permanecen todo aquel dia lejos del asilo mortuorio, siendo éste el solo mo-

mento de libertad que gozan las mugeres moras. El instante es muy oportuno para verlas, porque seguras de no ser observadas no tienen dificultad en mostrarse á los cristianos. El cementerio de los judios está al otro lado de la ciudad, al pie de la misma muralla y es aun mas sencillo que el de los musulmanes, abierto como el de éstos y espuesto á sus ultrages, que hombres y mugeres no se descuidan en hacerle, creyendo cumplir con un deber de religion. De éste modo persigue el fanatismo al desventurado pueblo de Israel hasta en su último asilo.

A. B. C.

## A LA NOCHE.

*La siguiente composicion ha sido leida en el Liceo por su autora, que accediendo á nuestras súplicas ha permitido su insercion.*

¡ O noche ! llegas tu tan silenciosa,  
Tan magnífica y llena de esplendor,  
Ostentando tu frente magestosa  
Cebada de una nube de dolor.  
Al moverte no cruje tu vestido  
De púrpura con oro recamado;  
Pero ondea en los aires extendido  
Tu velo trasparente y enlutado.  
La diadema brillante y estrechada  
Que baña la cabeza de esplendor,  
Es la atfombra en region mas elevada  
Bonde pone sus plantas el Señor.  
Y entre tu velo, tu mirada hermosa  
Triste como el suspiro del amor,  
Descubre, cual su caliz misteriosa  
La plegada corula de una flor.  
Esa armonia que los aires llena  
Y solo el corazon puede escuchar,  
Es de la virgen la oracion que suena  
En medio de tu imperio en el altar.  
Porque tú ¡ O noche ! acallas á los vientos  
Porque hable solamente el corazon,  
Y hablan en él con fuerza sus tormentos  
Y habla con amargura la razon.  
Tus horas de silencio y de tristura  
Por los eges del tiempo van rodando,

Y las que ya pasaron de ventura  
Sobre tu seno el triste vá llorando.  
Insomne se fatiga, y tus vestidos  
Los llevas empapados de su llanto,  
Y llevas los suspiros escondidos  
Entre los anchos pliegues de tu manto.  
Duerme feliz en sueño sosegado  
El ambicioso que codicia el oro  
Para estar en el alba descansado  
Y aumentár en el dia su tesoro. ¡  
Duerme feliz el niño venturoso  
Velado por los ángeles del cielo,  
Sin que turbe su piácido reposo  
Acaso de una madre el desconuelo.  
Duerme feliz, sus sueños son dorados,  
Aquel á quien sonríe la fortuna,  
Y que por hijo suyo fué adoptado  
Cuando su soplo le meció en la cuna.  
Duerme tranquilo sueños sin colores  
El insensible al gozo y al tormento,  
Y un campo sin espinas y sin flores  
Con estúpida risa ve desierto.  
Mas no duerme quien ve mover pesadas  
Las alas del dolor lánguidamente,  
Y los aires batiendo desplegadas  
Ir á posár en su desnuda frente.

El llora entonces porque el mundo duerme  
Y no insulta á su llanto la alegría,  
Y él callará cuando éste mundo inerte  
Se levante á gozar del nuevo día.

Entonces, él reirá con el dichoso  
Y ocultará su llanto y su aflicción;  
Mas no lo secará, porque copioso  
Bañará gota á gota el corazón.

Cuando llegas ¡ o noche ! silenciosa,  
Desparecen orgullos é ilusiones,  
Y es la verdad con mano rigurosa  
La que hiere los tristes corazones.

¿ Eres tú, la que agita el vientosillo  
En derredor de la mujer sensible  
Y le cueota tu voz el falso brillo  
De su tocado vano destructible ?

¿ Eres tú, la que borra de su mente  
Amores que sus gatas le alcanzaron  
Y á tu voz reconoce tristemente  
Que al corazón jamás se aproximaron ?

¡ Ay ! de sus trenzas al soltar las flores  
Las vé marchitas por su sien ardiente,  
En ellas vé perdidos sus colores,  
Y marchita también verá su frente.

Mas al desaparecer sus ilusiones,  
Al desprender la flor de su tocado,

Tal vez recordará las sensaciones  
De un amor que los tiempos no han borrado.

Y tal vez una lágrima vertiendo  
Sobre la flor que ornaba su cabeza,  
¿ Qué me importa, dirá, que esté mintiendo  
Hermosura á mi frente tu belleza ?

Si los amantes que en tus lazos prendes  
Lo serán mientras brillen tus colores  
Y cuando deshojada ya los pierdes  
Volarán con tus hojas sus amores.

Mas ¡ ay ! mi corazón no se marchita  
Y és solo del que supo comprenderle;  
¡ O noche ! dile tu cuanto se agita  
Y que á él solo fué dado conoverle.

Y si tal vez la orla del vestido  
La llevas empapada de mi llanto,  
Y llevas mis suspiros escondidos  
Entre los anchos pliegues de tu manto;

¡ Ay ! exprime una lágrima tan solo  
En su tranquila y adornada frente;  
Y dile que por él la verá solo  
Al pasar su memoria por mi mente.

MARIA DEL PATROCINIO GOMEZ DE  
SALAZAR.

## VIAJES.

### ODESA.

Entre los fenómenos políticos que se han visto en los últimos siglos, no hay acaso ninguno mas digno de admiración que los progresos tan rápidos que ha hecho la Rusia en civilización. Es ciertamente un grandioso espectáculo el ver un hombre al que se aparece un genio en una de las frias y nebulosas noches propias del Norte, que atormentado con tal vision abandona los placeres de rey, deja la púrpura y el trono, y vá como peregrino á visitar todos los países civilizados para aprender; que se convierte en marinero en Holanda y en Inglaterra, en soldado en Alemania y en estudiante en Francia; y que despues vuelve lleno de valor á la antigua capital de los

Czares y dá principio á la terrible lucha del poder contra la preocupacion. Es tambien un grandioso espectáculo el ver una nacion colocarse en primera linea entre todas las naciones por el solo influjo de una voluntad, y estender su poderio desde los helados países en que anda errante el Lapon con sus renos y trineos hasta los fértiles llanos que dominan el Caucazo; y desde las regiones en que solo vemos ahora ruinas y restos sangrientos, pero que habitaron los valientes y desgraciados hijos de la Polonia, hasta las playas en que el Kamshadado persigue y devora los becerros marinos.

Un pueblo engrandecido así, necesitaba

ciudades creadas como por magia. Sin hablar de Petersburgo, rival vencedora de Moscou, es Odesa en la Crimea una de las mas hermosas creaciones de este género. Esta ciudad era no hace mucho tiempo una aldegüela miserable, y es en el día una poblacion floreciente y habitada por mas de cincuenta mil almas.

Debe su prosperidad á una reunion de circunstancias muy favorables, pero principalmente al talento del duque de Richelieu, gobernador entoces de la Crimea por el emperador de Rusia. La situacion la hace por necesidad emporio del comercio de aquellas regiones, y asi se esportan en ella todos los granos, resinas, maderas y pieles de la Ucrania rusa y polaca, importándose los vinos y frutos del Mediterráneo, los cueros y sederías de levante, y todos los demás artículos lícitos del lujo extranjero. Está Odesa edificada sobre un plano inclinado, al final del cual está el puerto construido de modo que puede abrigar trescientos buques. Entre la ciudad, formada de casas de piedra, y el puerto, hay una hilera de cuarteles de imponente aspecto. Las calles son tiradas á cordel, bien empedradas, con espaciosas aceras, y adornadas con dos hileras de árboles. La iglesia principal, el almirantazgo, la bolsa, el teatro, la aduana y el hospital civil son edificios dignos de atencion. Está defendida con muy buenas fortificaciones; y en la españada que hay junto al puerto se ha construido un monumento en memoria del duque de Richelieu. Entre los establecimientos de instruccion que cuenta Odesa merecen citarse el Liceo Richelieu, fundado en 1818, y considerado como uno de los mejores institutos de Europa, la escuela

la militar fundada por el emperador Alejandro, muchas escuelas elementales donde se instruyen mas de 1200 niños de todas naciones, y un museo donde se reunen todos los objetos de antigüedad propios de la Rusia meridional. Posee ademas un gran número de manufacturas de sedas, lanas y jabon.

Los alrededores de Odesa son dignos de atencion por sus productos. Un llano muy estenso se ve enteramente sembrado de cebada y de mijo. El azafran y la rubia crecen sin cultivo. En los charcos de agua que dejan las lluvias y las inundaciones nacen cañaverales por los que vagan los búfalos silvestres, sin que falten camellos, lobos y ciervos. Tambien viven en el estado silvestre los caballos y los carneros; y todos los años en las épocas de las emigraciones llegan un inmenso número de cigüeñas y de grullas. El frio suele á veces llegar hasta veinte y cuatro grados bajo cero, al paso que el calor del verano seca los rios.

Los lagos ó rias que suelen encontrarse á la embocadura de los rios abundan en pescados, y dan con abundancia *Caviar*, que se tiene en el pais por bocado esquisito. Todo el pais está poblado con colonos de diversas naciones, y por lo tanto las costumbres no estan muy niveladas y presentan contrastes muy pintorescos. Como la madera de construccion escasea mucho en el pais, la mayor parte de los colonos habita los antiguos *túmulus* pertenecientes á las colonias griegas, y aun á los tartaros, y se llaman *kurgans*. Y es por cierto un espectáculo curioso el ver habitado un sitio que tanto horror causa en otros paises.

A. A.



## EL PERRO RABIOSO.

### Cuento.

Brillaba el sol en el cielo, los rebaños ocultaban sus cabezas á la sombra de los árboles y el estanque rodeado de álamos estaba casi seco. De tiempo en tiempo los relinchos de los caballos que atormentaban las moscas, el mugido de un buey que veía interrumpido su apacible sueño, se mezclaban al importuno ruido de los insectos que molestaban de dos maneras. Era uno de los veranos mas calurosos que se habían conocido en el pueblo.

Varias mugeres sentadas á las puertas de sus casas jugaban con sus hijos, ó hacían labor, y algunos hombres bebían y fumaban en el cobertizo de la taberna de la tía Catalina. Mas apesar de que entre ellos estuviesen el sacristan Pinto y Fanegas el maestro de escuela, conocidos ambos por los mas charlatanes de toda la tierra, todos guardaban silencio, como si el calor quitase hasta la fuerza para pensar y el deseo de hablar. Es verdad que hacía ya bastante tiempo que no sucedía en el pueblo ninguna ocurrencia notable, ni siquiera un bautismo, ni aun un marido que hubiese sacudido el polvo á su mujer con la solemnidad necesaria para llamar la atención de los vecinos.

En esto llegó á la reunion Quiñones el barbero, no menos charlatan que el sacristan y el dómine, pero mas noticiero que ambos. Todos le miraron con atención como esperando que los sacase de la inacción en que estaban; pero Quiñones debía hallarse en situación semejante á la de los demás, y sentandose sin decir palabra pidió aguardiente, y mezclándolo con un gran vaso de agua bebió con ansia,

—Vamos, dijo el dómine, ¿qué novedades hay, maestro Quiñones?

—Ninguna que yo sepa; respondió lacónicamente el barbero.

Y pidiendo segunda ración de aguardiente y segundo vaso de agua volvió á beber con la misma ansia.

—Bien se conoce, dijo el dómine, que quería enredar la conversacion a toda costa, que no padece Vd. mal de rabia, porque bebe como un hidrópico.

—Nada tendria de particular que lo padeciese, dijo el sacristan, pues ni el alcalde, ni los concejales cuidan como debían de impedir que los perros corran sin cesar por todo el pueblo, como si estuviésemos en diciembre.

—En efecto, añadió el barbero que era amigo de criticar, es verdaderamente escandaloso lo que está sucediendo en este punto; y Vd. señor Fanegas que es secretario del ayuntamiento, debía ya haber puesto mano en el negocio.

—¿Y qué cree Vd., que el conejo no ha pensado ya en ello? ¿pero como se ha de remediar?

—Mandando que todos los perros lleven bozal, dijo uno.

—Dando *morcilla* á los que se encuentran sin él, añadió otro.

—Y disponiendo que los guardas de campo maten á los que hallen sueltos por los caminos, dijo un tercero.

—Pero señores, exclamó el secretario del ayuntamiento, ¿no ven Vds. que los pastores necesitan perros y que los necesitan sin bozal?

—Que tengan los pastores paciencia,

Pues no faltaba mas sino que por ellos nos espusiésemos á rabiarse! Además, que el ayuntamiento no está para mirar los intereses de un individuo, sino los de todo el pueblo.

—Eso no admite disculpa, añadió el barbero: y mucho mas cuando á cada momento pueden presentarse ocasiones. Y sin ir mas lejos, prosiguió, señalando con la mano un perro que venia corriendo del otro extremo del pueblo, supongamos que aquel perro que viene allí corriendo estuviese rabioso. Figúrese Vds. ¿cuántas desgracias no podría ocasionar en solo este pedazo de calle con tanta gente como estamos aquí descuidada?

Un chico que se habia acercado á la puerta de la taberna para escuchar la conversacion, y oyó estas últimas palabras, corrió hácia su casa, que estaba á alguna distancia, y dijo gritando á su madre que conversaba con otras mujeres.

—Madre, madre, el barbero ha dicho que quizás aquel perro venga rabioso.

—Ay Dios mio, ¿de veras?

Y todas las mugeres se separaron y se fueron á sus casas corriendo.

—¿Qué hay, qué hay? preguntaron los vecinos.

—Un perro rabioso.

El grito de un perro rabioso corrió de boca por todo el pueblo. Las madres recogieron sus hijos y las puertas se cerraron. Unos hombres que trabajaban en una cantera inmediata acudieron con picos, palos y piedras. Encontraron un perro que habia atravesado todo el pueblo, y que casi iba á salir de él, pero que asustado al verlos volvió atras y fue á pasar por delante de la taberna, precisamente en el momento en que el sacristan, el barbero y los demás acudian tambien á los gritos.

—Matarlo! matarlo! A él, á él! que va rabioso! gritaban los que perseguian al perro.

—Qué dije yo? exclamó el barbero cogiendo una piedra. Este es el resultado del descuido del ayuntamiento. Todos á él, que se escapa somos perdidos!

Una lluvia de pedradas recibió al perro y le estorbó el paso. Quiso volverse, pero los trabajadores dieron sobre él, y con los palos y picos lo mataron.

Todo fue obra de un minuto, y el domine que llegaba mas despacio halló ya muerto al pobre animal.

—Hombre! dijo al verlo, es Turco el perro de la tia Gila, ¿estan Vds. ciertos de que rabiaba?

—Pues no ha oido Vd. gritar á todo el pueblo? Vaya una torquedad!

—Y como si tuviera algo de particular con el calor que hace! dijo un trabajador. Hola, tia Catalina, un jarro de vino para refrescar el gáznate.

—Miren Vds. cómo echa el maldito espuma por la boca.

—Y la lengua fuera! Seguro que si no lo matamos hubiera destrozado todas las cercanias.

—Ola, y gracias que estábamos aquí, dijo el barbero bebiendo un vaso de vino; yo por mi parte puedo alabarme de haber dado el golpe mortal.

—Por supuesto, dijo el sacristan; yo vi la piedra que le tiré darle en la cabeza y hacerle dar una vuelta de campana.

—Vaya si lo matarian Vds. con sus piedras! exclamó riendo un trabajador. Si no hubiera sido por nosotros ya estaban Vds. frescos; y si no que se vea mi pico todo lleno de sangre.

Ya principiaban á promover cuestion sobre quién habia sido el que se habia mostrado mas activo en asesinar al desventurado perro cuando llegó una pobre vieja separando á todos.

—Turco! decia, ¿qué han hecho Vds. con mi Turco?

Pero al verlo tendido en el suelo y acribillado de heridas y golpes, dió un grito y exclamó:

—Infames! Lo habeis matado! ¿Quién os ha dado derecho para matar mi perro? ¿Quién ha sido el picaresco?... Todos callaban.

—Nadie me responde? volvió á decir la pobre mujer fluctuando entre el dolor y la



cólera. Habeis hecho una valentía! ¡ Matar el perro de una pobre viuda! ¡ Ah cobardes! No os hubiérais atrevido á hacerlo, si mi hijo hubiera estado aquí, porque era capaz de comeros á todos. ¡ Mire Vd. qué hazaña! ¡ Matar un perro que no hacia mal á nadie!

La pobre vieja se puso á llorar llena de desconsuelo. El dómíne la dijo que habian muerto al perro porque decian que estaba rabioso.

—Rabioso! Pues si no hace un cuarto de hora que estaba durmiendo con el mayor sosiego á la puerta de mi casa! Sino que unos pícaros muchachos vinieron á incomodarlo, sin que yo, que como soy vieja y estoy sola nadie hace caso de mí, pudiese estorbarlo. El pobre Turco echó á correr por huir de los pillos, y yo venia á buscarlo...

Al oír esto todos los presentes se miraron unos á otros sin saber qué decir.

—Los picapedreros tienen la culpa, dijo el barbero; porque ellos fueron los que gritaron que el perro estaba rabioso.

—Venga V. ahora con esas, cuando ha sido el que le dió el primer golpe.

—Falso, que fué el sacristan.

—Nada de eso; este ha sido con su pico.

Y voivía á suscitarle la misma querrela que antes, queriendo todos probar que nin-

guno habia tocado al perro de la tía Gila; pero esta interrumpió la disputa diciendo.

—Todos sois unos bribones, y todos tenéis igual culpa. No puedo vengarme por mí misma, pero Dios os castigará.

Cuando la tía Gila se marchó, se armó un alboroto queriendo todos justificarse, y hablando todos á un tiempo. Subieron al origen y conocieron que la suposicion del barbero pasando de boca en boca se habia transformado en realidad. Aclarado todo dijo el dómíne.

—Ya han visto ustedes señores lo que ha pasado y esto debe servirnos de leccion; ¿ Quien nos asegura de que mañana no podríamos asesinar á un semejante nuestro como á ese pobre perro?

Figúrense Vds. que en cualquier casa falta una prenda y se le antoja decir á uno:

—¿ Si llegasen á sospechar del dómíne? Otro oye mal y dice que se sospecha del dómíne, y un tercero no titubea en asegurar que el dómíne ha robado. Y así se pierde una reputacion. Nada, señores; conozcamos que la verdad se desfigura pasando de boca en boca, y jamás creamos sin pruebas si queremos ser justos. *Para matar á un perro no basta decir que está rabioso.*

J. V.

## RIBERA Y EL DOMINQUINO.

José de la Ribera, llamado el Españolito, y el mas célebre de los pintores de Nápoles se hallaba en su taller entretenido con su hija, á quien adoraba, cuando le anunciaron la llegada de Belisario y Caracivolo, pintores amigos. Ribera dió un amoroso beso á su hija, y se la dió á su madre, que retirándose dejó á Ribera con sus amigos.—¿No es verdad, dijo este, que es

muy linda mi querida Maria Rosa? Si Albano la hubiese visto tendria un angel mas en todos sus cuadros: se me echa en cara mi lujo, por san Genaro, amigos míos, os aseguro que no gusto de él sino por mi mujer y mi hija; no temo la miseria sino por ellas; pues estoy seguro que ellas no son capaces de alimentarse de ese humo que llamamos gloria, y es menester confe-

sar que la fortuna es una mujer ciega y caprichosa; pues al paso que Josefín está cansado de sus favores, el Dominiquino se muere de hambre. ¿Qué loca manía se ha apoderado de esos caballeros del tesoro, continuó Ribera con aire sombrío y pensativo? ¿No podrían encontrar aquí como en Roma, un pintor lleno de talento y energía? ¿O nosotros no hemos trabajado á su gusto? ¿Serian tan atrevidos que osaran echar abajo nuestros andamios de la capilla de san Genaro, destruir vuestros frescos y blanquear mis cuadros? Al decir esto Ribera frotaba con rabia uno con otro los extremos de su capa, y echaba la mano al puño de su puñal. Su frente atezada se coloreaba de un tinte lívido, sus labios emblanquecidos se veian como agitados, y un temblor febril dejaban ver sus dientes rechinando.—Os incomodais demasiado pronto, maestro, dijo Caraccivolo; y luego añadió Corenzio.—Josefín, Guido y Gessi, ¿no se han visto obligados á cedernos el puesto? pues yo creo que todos harán lo mismo. De otro modo seria una temeridad; nuestro trabajo está empezado, y los señores que administran el tesoro de la ciudad se mirarán antes que ultrajar al primer pintor del virrey, y á sus amigos.—El ultraje está hecho, vuestros andamios destruidos, y vuestro trabajo borrado, dijo bruscamente otro interlocutor que sin duda habia oido la conversacion, ó al menos las últimas palabras de Corenzio.—Tresiobaldi, ¿estás seguro de eso? dijo Ribera con voz de trueno. ¿Se han atrevido á destruir en un momento lo que me ha costado tantas horas de meditacion? Desgraciados ellos, y mas desgraciados aquellos á quienes han llamado, dime sus nombres.—Domingo Zampieri, llamado el Dominiquino, le contestó uno. ¿qué vas á hacer?—No lo sé, respondió Ribera: yo amenazé á Josefín, era rico, hombre de mundo, artista mediano, su alma cortesana, llena de noble gloria, y no pudo hacerse superior al miedo, y se marchó. Yo pegué con un baston al criado de Guido tambien rico, y el amo se llenó de temor Gessi vino con su grande espada mata

moros, hice ahogar á sus dos discípulos, y como él no sabia nadar envainó al mismo tiempo espada y pinceles; pero con el Dominiquino la lucha será larga y dudosa; los diputados del tesoro han tomado en rehenes su mujer y su hija; le han ofrecido considerables sumas, y tienen un aliado que será mas fuerte que yó, la miseria que está sentada en su hogar, la miseria tambien para él por su mujer é hija. Estas últimas palabras las habia articulado con lentitud. Tresiobaldi miraba atentamente á Ribera, que mas pálido aun que antes, dejó escapar de sus labios convulsivamente agitados estas expresiones: ¡que afrenta! que afrenta! Tresiobaldi habia intentado desarmar la cólera del pintor haciendo revivir en él las simpatías de padre y esposo; todo fue inutil; los celos se apoderaron del corazon de Ribera, y desde entonces quedó insensible á todo sentimiento. Mientras los otros hablaban en voz baja, Corenzio sacó su libro de memoria, y despues de escribir en él salió precipitadamente. El ruido de la puerta que se cerró con violencia, sacó á Ribera de su meditacion, y poniéndose de pie desocupó su bolsillo lleno de oro en una magnífica copa cincelada por Benvenuto Cellini.—Tresiobaldi, toma este oro, le dijo al oido, y te juro por la cabeza de mi hija Maria Rosa, que te daré diez tantos mas, con tal que el Dominiquino no concluya la capilla de san Genaro. El ojo leonado del Lazzaroni brilló con extraño resplandor á la vista del oro, y dudando un instante se decidió á guardar la copa y su contenido, y salió bruscamente de la casa. Ribera se puso su capa y encasquetándose bien su sombrero para que le cubriese el rostro, salió acompañado de Caraccivolo, dirigiéndose al palacio del virrey.

En una casa de Nápoles, no lejos de la capilla de san Genaro se hallaba un hombre calvo, pequeño, de fisonomía dulce y tímida, leyendo á dos mujeres el terrible canto del Dante, en que habla de los envidiosos; una de las mujeres habia dejado de oír la lectura, y con los ojos llenos de lágrimas miró á una jóven, cuyo pálido semblante pare

cia anunciar el padecer.—¡Pobre Ana tú también! decía en voz baja. La jóven, ú oyó ó adivinó estas palabras dichas por su madre, pues apoyó su cabeza contra el maternal seno, como para buscar un poco de calma: basta, basta de esta terrible lectura, exclamó la madre.—Basta Dominiquino, tu voz es demasiado dulce para acentuar las energicas maldiciones del Dante contra los envidiosos; tu corazon es demasiado puro para comprender el horrible crimen que anatematiza; Ana y yo gustamos mas de oír los armoniosos suspiros del Petrarca. Y entonces se pusieron de rodillas delante de un cristo de marfil, único adorno de la sencilla habitacion, para darle gracias.—Los diputados del tesoro, dijo Dominiquino al levantarse, me han prometido cien escudos por cada figura, cincuenta por cada media y veinte y cinco por cabeza; nos han dado ésta casa y prometido una proteccion eficaz, desde mañana empezaré á trabajar, seremos ricos y mi Ana podrá casarse con el que quiere: Ana mia, no ocultes asi tu cabeza en el seno de tu madre, *él es hijo de un noble, levanta la cabeza, tú eres la hija del Dominiquino, si tu...* y el rostro del padre brillaba con noble orgullo. ¿Tú has olvidado, dijo Marsibilia, lo que hicieron con Guido y Gessi?—No, no, todo, todo lo se; pero yo no creo que tengan intereses en perseguirme á mi, que soy tan pobre. No habia concluido esta frase cuando una piedra arrojada con violencia por la ventana vino á caer sobre el libro del Dante, que estaba abierto en el canto de los envidiosos. La piedra estaba envuelta en un papel, Dominiquino lo leyó, y sin decir su contenido exclamó—¡Está bien! Marsibilia cogió entonces la carta, y lo leyó “Dominiquino Zampiéri, acuérdate de Josefín, Guido y Gessi; si mañana estás todavía en Nápoles desgraciado de ti y de los tuyos, el gobierno no te protegerá mas que á tus antecesores”—¡Oh! huyamos, huyamos, exclamaron á un tiempo Ana y Marsibilia.—De ningun modo; Dios velará por mí, respondió con exaltacion Dominiquino; daría lo que me queda de vida y la gloria que he adqui-

rido por poder dejaros á mi muerte con que subsistir. Al dia siguiente hizo preparar sus frescos y poner sus andamios en la iglesia donde debia empezar á pintar. Muy lejos estaba Ribera y sus complices de esperar semejante resistencia de parte de Zampiéri; además el virrey habia manifestado á Ribera su desagrado por el modo de proceder contra su rival; el Arzobispo de Nápoles Buonsompangno, natural de Bolonia, como Dominiquino, no solo iba muchas veces á verle trabajar, sino que le hacia escoltar por sus criados; asi es que ni las amenazas, ni las provocaciones causaban efecto á Dominiquino. La primera vez que éste descubrió parte de su trabajo se dejó oír una terrible griteria que lo intimidó; se retiró triste y abatido, pero al pasar junto á un grupo de Lazzaroni cyó á uno que decia.—Por san Genaro, es necesario que el oro del señor Ribera sea de muy buena liga, pues nunca se han alabado en Nápoles mejores pinturas que las que acabamos de silvar. Dominiquino sabia bien que el pueblo italiano comprende muy bien todo lo que pertenece á las artes, y aplaude á los autores, y clasifica sus obras maestras con tino; Dominiquino entró en su casa, contó á su mujer lo que habia sucedido, añadiéndole que estaba resuelto á concluir su obra.

Los vergonzosos manejos empleados por Ribera llegaron á oídos del virrey, y le prendió agríamente por su inicuo proceder. La vigilancia del virrey, del Arzobispo y demas amigos del boloñes se adormecia poco á poco viendo que habian cesado de perseguirlo; pero Ribera no olvidaba jamas el siniestro fin que se habia propuesto.

En una noche de noviembre de 1633 dos hombres embozados en largas capas se introdujeron en la capilla de san Genaro, adonde permanecieron toda la noche. A poco de haber entrado se oyó un extraño ruido en la capilla y ciertos golpes sordos que repetidos por el eco de la cúpula, parecian ayes y gemidos. Al rayar el dia se entreabrió la puerta y uno de los embozados observó un corto rato, y haciendo despues una seña á su

compañero desaparecieron. A la hora de costumbre Dominiquino se dirigió alegre á su trabajo, y al entrar en la capilla vió un hombre que estaba delante, y que le miraba con atencion, cubriéndose el rostro. Dominiquino se dirigió hácia él, pero el embozado huyó, dejando caer el sombrero y descubriéndose lo suficiente para que Dominiquino reconociese á Tresiobaldi.

Ya habia empezado á subir Dominiquino co la primeras gradas del andamio, cuando una viga se desprendió con horrible ruido, la magnífica cúpula parecia rechinar, y Dominiquino bajó precipitadamente lleno de terror. Apenas habia bajado cuando aquel inmenso andamio, empezó á crugir desplomándose despues completamente.

Un terrible vértigo se apoderó del desgraciado pintor, y salió despavorido por la ciudad corriendo con los cabellos herizados, desencajados los ojos y gritando expresiones inconexas. En una de las calles que recorria vió un caballo á la puerta de una casa, y precipitándose sobre él lo puso al escape sin saber donde se dirigia. E u t o d o el día cesó de correr en la direccion que quiso tomar el caballo, y la noche le sorprendió en medio del despoblado: su imaginacion colorada solo veia en derredor suyos horribles fantasmas resonando en sus oidos el terrible crugido del andamio al desplomarse. Cerrados los ojos para no ver, puestas las manos en los oidos para no escuchar, corrió echado sobre el caballo dos dias hasta que le faltaron las fuerzas. Cuando volvió en sí, conoció que se hallaba á la puerta del palacio del cardenal Aldobrandini; en Frascati, cerca de Roma, de la que nunca debió salir, se acordó de su muger y de su hija que le esperaban despues de tres dias y tres noches; entonces reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y se puso á escribir para tranquilizarlas. Apenas cerró la carta cuando cayó sin sentido en los brazos del cardenal Aldobrandini.

La misma tarde del día de la salida de el bolognes, conoció Tresiobaldi por la primera vez que nacian en su alma sentimientos de piedad. Aborto estaba en sus

pensamientos, cuando una voz bien conocida le hizo estremecerse involuntariamente. — Y bien, Tresiobaldi ¿ha marchado el maestro? — Dios vela por él puesto que le ha librado de tu ódio. — Es verdad, replicó Ribera, examinando las vigas esparcidas. Un extraño contraste se notaba en los semblantes del pintor y del bandido. La figura del primero manifestaba la rabia y sentimiento al ver que su victima habia evitado con la fuga su venganza, al paso que la alegría se manifestaba en el rostro del bandido. — Sígueme, dijo Ribera á Tresiobaldi. — No puedo, le dijo este: me esperan en el puerto. — Era la vez primera que el bandido no obedecia al que le pagaba. Ribera pasó una noche malísima acometido del combate que experimenta el malvado, que ni se puede llamar remordimiento ni cólera, pero que participa de ambos, y que es propio del que no consigue un inicuo proyecto. Al día siguiente fué al palacio del virrey con un aspecto sombrío y taciturno; recibió muy mal el duque de Osuna, pidiéndole cuenta de la desaparicion de Dominiquino, y añadiendo que la muger y la hija del pintor le designaban á él como á su asesino. — Pues qué, replicó Ribera, ¿su muger y su hija están en Nápoles? Pues que sirvan de rehenes, porque Dominiquino no ha sido asesinado, sino que ha huido con el dinero que ha recibido, sin duda para ejecutar alguna obra en Roma porque se la pagarán mejor que aquí. Es preciso que vuelva, que vuelva. El duque se retiró sin contestarle. Ribera miró al derredor y observó entre los cortesanos á Corencio y Carcivolo, y les dijo en voz baja—Ha marchado pero volverá; esta vez no se ha de librar.

Entretanto la muger y la hija del desgraciado y perseguido pintor, estaban orando y esperaban resignadas la justicia de Dios. Un mensaje secreto las tranquilizó, porque las anunció que la persona á quien tiernamente amaban se hallaba en Roma. Determinaron marchar á reunirse con el, pero una orden del virrey les prohibia la salida de la ciudad. Estaba escrito que Do-

miniquino moriría en Nápoles. Las razones que el cardenal le espuso, convencieron al perseguido pintor, y determinó restituirse al lado de su familia, avisándosele así al virey para que lo anunciase á su familia, añadiendo que le acompañaría el joven Alfonso Orisini, que era el objeto que ocupaba la imaginación de Ana, y por quien suspiraba su corazón.

El pérfido Ribera había unido sus alabanzas á las de los que admiraban las pinturas del boloñes, pero meditando siempre herir el honor y el corazón de Zampierri, para lo que pensó en el bandido Trescobaldi. Luego que este se le presentó le dijo Ribera—Mañana debe llegar; ya sabes lo que tienes que hacer.—¿Sabeis, contestó el lazaroui, que el virey ha puesto precio á la

cabeza del bandido Cesari?—Y qué, preguntó Ribera. — Que este bandido, respondió Trescobaldi, está en tu presencia; cuando me conociste lazzaroni, y me elegiste para instrumento de tu envidia, yo no apreciaba el oro; me lo has dado y has hecho de mi un malvado. He jugado por codicia y he perdido: el oro me es ya indispensable.—Escucha, le dijo Ribera; Dominiquino viene á Nápoles con Alfonso Orisini, vástago de una de las primeras familias de Roma; si quieres hacer lo que te mande tendrás oro. Si Dominiquino entra mañana solo en Nápoles, ven á buscar tu indulto y este bolsillo lleno de oro. Apenas había concluido el españoleta estas palabras, cuando salió el lazaroui aceptando el partido. *(Se concluirá.)*

## LA NOVIA DEL MINERO.

### Novela.

En un pueblo del norte de Francia vivían Pedro y Margarita en medio de una población entera entregada al trabajo de las minas. Pedro era hijo de uno de los gefes de los mineros, así que apenas pudo andar corria ya las galerías de las minas en las que se puede decir pasó su pubertad, por lo cual, llegado á la adolescencia era ya uno de los mejores obreiros, en términos que despues de su padre era el mas capaz para dirigir los trabajos; adivinaba el sitio en donde el minero debía cavar con mas seguridad, recorría sin perderse y sin temblar las largas galerías subterráneas, y explicaba con la mayor gracia, y solo con razones naturales los varios fenómenos de que las mas veces los mineros se asustaban, y era quizá el único que no temblaba al hablar del terrible azote de las minas profundas, de aquellas fuertes exhalaciones que el minero mas aguerrido no puede menos de aterrorizarse solo con su recuerdo. Una tarde que el padre de Pedro volvía de un

pueblo inmediato oyó á un lado del camino gemidos como de una criatura, se detuvo, dirigióse hácia donde venían los lloros, y no fue poco su asombro al ver un tierno infante cubierto de algunos andrajos, echado sobre la yerba, levantando sus pequeñas manos al cielo, y llorando como si pidiera socorro. Las lágrimas que bañaban sus pálidas mejillas y el sonido ronco de su voz manifestaban que hacia ya algun tiempo que la casualidad ó la infamia lo habían abandonado de aquel modo á la piedad y buen corazón del primero que pasase.

El viejo minero á este espectáculo sintió su corazón conmovido, pensó en su hijo Pedro y se arrodilló delante de la criatura: como si sus palabras pudiesen consolarla le hablaba, le prometía su apoyo, y esforzándose en calmar su dolor la levantó, y se la llevó dándole una infinidad de besos, y prodigándole mil caricias. Al entrar en su casa dijo á su mujer mostrándole su hallazgo “mira qué regalo te traigo, la pro-

videncia nos ha escogido entre todos los habitantes del pueblo para socorrer á esta infeliz criatura, y como conozco tu corazón espero la recibirás con la mayor bondad." La madre de Pedro en contestacion dió la mano á su marido, y recibió la criatura en sus brazos: en seguida le contó el buen anciano como la habia encontrado, y por qué casualidad se encontraban con una niña muy linda en su casa. Margarita, que así la llamaron, fue de este modo vuelta á la vida, y libertada de la triste suerte á que habia sido abandonada, pues indudablemente hubiera sido presa de los animales carnívoros que recorren de noche los bosques.

Estos dos niños crecieron juntos y se amaron, como es natural, pensando solo en agradarse y complacerse: pronto á los nombres de hermano y hermana se sucedieron otros mas dulces y cariñosos. Sus corazones se comprendieron, soñaron un porvenir de felicidad desconocida para ellos mismos, y Pedro le pidió á su padre la mano de Margarita. Estos eran los deseos de sus padres; de modo, que al ver el buen anciano la peticion de su hijo, le contestó lleno de gozo. "Fijad vosotros mismos el dia de vuestra felicidad."

Como es de presumir no tardó mucho en llegar el dia deseado, y como eran queridos de todo el pueblo, fue tambien un dia de alegría y algazara para todos los habitantes ei de sus bodas. Se abandonaron todos los trabajos, las minas quedaron desiertas, todos se pusieron sus vestidos de fiesta, y en todas partes se oian gritos de alegría y el ruido de los instrumentos que acompañaban las danzas y bailes.

En medio de la fiesta, y celebrada ya la ceremonia, Pedro fué á abrazar á su esposa, y en seguida dijo misteriosamente á sus amigas que la rodeaban: "Retenedia aqui, pues este es el momento de sorprenderla. Ahora es cuando yo debo entregarle mis regalos de boda:" y se marchó poniendo un dedo en la boca como encargando el secreto. Dió una vuelta al rededor de la casa, tomó un camino que conducia á unas mi-

nas antiguas, y desapareció. Vino la noche y Pedro no parecia; pasóse el dia siguiente, y nadie sabia de él; lo buscaron, lo llamaron por todas partes, esperaron dos, tres, ocho dias, un mes; llegó á transcurrirse un año y Pedro no pareció ni se supo nada de él.

El dia de las bodas, al momento que se apercibieron de su ausencia, se suspendieron los juegos, y la fiesta, la novia lloró y se desesperó. Los mineros conducidos por el padre de Pedro, recorrieron todas las galerias de la mina y nada hallaron, ni aun indicio que les diese esperanza de hallar los restos de su amigo y compañero.

Margarita estuvo para morir de pesadumbre, y solo volvió á la vida para consagraria enteramente á los padres de su amante, que eran por cierto muy dignos de compasion. La gratitud dió á Margarita fuerzas sobrenaturales; quitóse su ramo de flores y su corona de novia, y guardándolas con gran cuidado dijo:

— Esperaré tu vuelta.

.....  
 Sesenta años despues de tan terrible y estraña aventura ya habian pasado muchas cosas en el pueblo.

Margarita habia asistido y consolado á sus bienhechores hasta la muerte de estos, y casi todos los que debian haber asistido á sus bodas habian muerto. Una nueva generacion existia, y el recuerdo de las aventuras de Pedro y de su repentina desaparicion solo era ya una especie de tradicion, como las que pasando de edad en edad y de boca en boca se engrandecen con los sueños, que solo la supersticion es capaz de inspirar á los cerebros débiles de las personas poco ilustradas.

Por tanto se hablaba ya de Pedro en todas las cercanias como de un ente sobrenatural, achacándole por lo menos pacto con los diablos. En el rigor del invierno, cuando el viento dispersaba la niebla y hacia crugir las ramas secas de los árboles, é entrando por los cañones de las chimeneas formaba un ruido semejante al de un doloroso gemido, decian las buenas viejas que

era el alma de Pedro que venia á pedir oraciones y sepultura. Creían tambien reconocer la voz en el bramido de las tempestades de primavera y otoño.

En los grandes calores, cuando se inflamaba en la atmósfera algun ligero vapor, suponian que era cierta indicacion de los tormentos que padecia el alma de Pedro.

El graznido del buho, el rumor de las verdes hojas y de la culebra cuando se deslizaba por la espesa yerba, y el ahullido de los lobos, todo llenaba de espanto á los cándidos campesinos, y los hombres empuñaban silenciosamente el hacha, y arrugando el entrecejo miraban con inquietud á su alrededor, y las madres apretaban sus hijos contra su cuerpo cual si creyesen que la mano fria de Pedro amenazaba á los inocentes niños.

Pedro se hallaba en todas partes. Se dirigian conjuros y encendian velas en honor suyo. La asustadiza imaginacion de los aldeanos les hacia creer que la sombra de aquel que en su corta carrera habia pensado siempre en hacer bien á sus semejantes, se ocupaba entorces solo en dañarlos.

Sucedió que al cabo de muchos trabajos y despues de haber agotado todas las vetas y recorrido todas las galerias de la mina fue necesario hacer nuevas escavaciones. El propietario acudió á inspeccionar los trabajos, y su llegada fue celebrada con mil fiestas, porque era hombre honrado y humano, y por lo tanto muy querido de los mineros. Los reunió á todos para que penetrasen perfectamente las ideas de los ingenieros que habia traído, se trazaron planes, y bien pronto el ruido del pico y de la hazada indicaron el principio de los trabajos.

Cuatro dias hacia que seguia la obra, y la sociedad que vino acompañando al propietario estaba muy disminuida. Los elegantes de ambos sexos que habian venido á asistir á las fiestas y al principio de los trabajos, despues de haber bailado y de haberse divertido hasta mas no poder volvieron á la ciudad, quedando solo los amigos íntimos del propietario y los ingenie-

ros que calculaban sin cesar, porque tenían orden de atender sobre todo á la seguridad de los obreros, en tanto que procuraban aumentar el caudal del amo.

De repente se oyó en la mina un ruido extraño, y semejante al murmullo sordo que anuncia la lejana tempestad... Sonó despues algo mas cerca, y al cabo se conoció ser un conjunto de gritos y voces lamentables. Corre el propietario á la entrada, suena la campana y todas las cuerdas se ponen en movimiento. Iba el amo á lanzarse en la mina para socorrer á los obreros ó perecer con ellos, cuando salieron todos pálidos, temblando, y sin saber lo que hacian.

—Qué hay? ¿qué sucede? exclamó el propietario pálido tambien y asustado.

—Un hombre!...el infierno!...la muerte!... un milagro!...una aparicion!... Todas estas palabras salian de las bocas de los espantados trabajadores.

Al cabo pudo el amo reunir todas estas palabras sueltas y formar una frase inteligible. Al tratar de abrir una comunicacion entre la nueva mina y la antigua, habian descubierto los obreros una capa de tierra menos dura que las demas. La piedra y la tierra no formaba solo el espesor, y las materias extrañas con que estaban mezcladas parecian probar que en tiempos anteriores se habia verificado allí un repentino hundimiento. Como costaba poco trabajo el separar la tierra un solo minero bastaba para adelantar mucho en poco tiempo. Asi recorrieron un gran trecho, cuando he aqui que un trozo de material considerable que se encontró sin apoyo vino por si mismo al suelo; una porcion de gases lijeros se inflamaron, y el espanto de los trabajadores no tuvo límites al descubrir sobre el trozo un jóven que parecia dormido.....La frente estaba serena, sus mejillas frescas y aun coloradas, pero su boca y su ojos inmóviles. En lugar de acercarse para reconocerlo y socorrerlo, todos echaron á huir precipitadamente, y el miedo que se comunicó á los compañeros que hallaron por el camino, trasformó como sucede siempre la relacion

del suceso. Segun decian algunos no era un hombre sino un espíritu infernal el que acababa de mostrarse á ellos en medio de truenos y relampagos, especie de divinidad subterránea que venia con frecuencia á turbar los trabajos de los mineros. Su estatura

era colossal, y todos le habian visto levantarse y estender su temible diestra, siendo muy probable que á la hora presente se estubiese paseando por los subterráneos con el intento de destruir los nuevos trabajos.

(Se concluirá.)



## LOS CAFRES.

El artículo correspondiente á esta lámina se insertará en el número siguiente.



**TEATRO DE LA CRUZ.** Como si la suerte hubiese decretado que el público de Madrid debe estar privado de todo espectáculo lírico, cuando la empresa de Teatros reunió los materiales de un concierto que se anunció para el teatro de la Cruz, con harto sentimiento de los ratones y sabandijas que á su sabor lo ocupaban exclusivamente, y cuando los aficionados se preparaban á paladear la dedada de miel que iba á dulcificar su sed filarmónica, se le antoja á la pública tranquilidad de dejar serlo y todos los honrados ciudadanos tuvimos que salir del concierto relamiéndonos, unos á ocupar un puesto en las filas de la Milicia ciudadana, y otros á encerrar en sus casas á muger y prote atrancando bien las puertas.

¿Qué será, pues, lo que podremos decir nosotros de un concierto tan súbitamente desconcertado? Nada, aun contando con la segunda y mas tranquila noche. ¿Que el Sr. Salas es un cantante lleno de conocimientos, estudioso, actor distinguido, cosa muy rara entre los de su clase? Ya lo sabe el público, que lleva tiempo de aplaudirlo con justicia y entusiasmo. ¿Qué el señor Moya tiene muy buena voluntad y regulares disposiciones? No es gran noticia. ¿Qué el señor Reguer continúa impávido su marcha retrograda? Es una cosa triste, y las cosas tristes deben callarse ahora que nadie está alegre. ¿Qué la señora Plañol á fuerza de ser mucho se vá á quedar, como así siga, sin ser nada? Todos saben que la mucha comida es indigesta. ¿Qué la Sra. Sportano es una linda chica y nada mas? El público diría que otras hay mas lindas. ¿Qué los coristas del género femenino son insufribles, que la orquesta toca cada dia peor? Con razon exclamarían todos que estamos hartos de saberlo.

Con que en resumidas cuentas nada puede decirse del concierto, y por lo mismo nada decimos nosotros. Otro dia veremos.

**TEATRO DE LAS TRES MUSAS.**

*Malo vendrá que bueno me hará,* dice un antiguo adagio español, y así se ha verificado con el drama romántico, segun asegura su autor, titulado: *El triunfo del amor ó la discípula de Cambray.* Decimos esto porque cuando asistimos á la representación de la titulada comedia de *Bien hecho está lo hecho*; creímos que la tal pieza era el tipo de las comedias malas, pero nos hemos convencido de que se pueden hacer peores, y en prueba de ello ahí está el drama en cuestion que no nos dejará mentir. Pero que se guarden nuestros suscritores de creer la posibilidad de determinar los

grados de imperfeccion que en sí tiene la dichosa obra. Hay cosas malas y tan malas que se sienten y no se demuestran, causando la desesperacion del pobre crítico que intenta desmenuzar el conjunto de simplezas que contiene una composicion capaz de infuir en el sistema nervioso de un modo poderoso, pero tan equívoco que el paciente espectador fluctúa dolorosamente entre la cólera risueña y la risa colérica, y sale del teatro un punto menos que loco. Imposible parece que entre los doce millones de habitantes de la monarquía española haya uno que se equivoque hasta tal punto, y que demuestre la existencia de tales ideas, respecto á literatura.

La ejecucion fue menos mala de lo que debía esperarse, exceptuando á la señora marquesa de Lavalle, de quien oíríamos cosas muy buenas, á no ser por la compasion que nos inspiró el verla tan parda y tan compunjida.

Vemos que el empresario del teatro de las Tres Musas conoce sus intereses, porque, malas ó buenas, dá comedias y dramas nuevos con mucha frecuencia, siendo este el único modo de llamar la atencion del público, amigo siempre de novedades. Ojalá se convenciese tambien de esta verdad la empresa de los teatros principales de esta corte.

—Vemos con sumo gusto las mejoras que va proporcionando á los suscritores el periódico diario el *Mercado madrileño*, y le pronosticamos un resultado brillante, pues ademas de la abundancia de anuncios que diariamente inserta, tiene la ventaja de que estos circulan mucho en razon á la abundante suscripcion que cuenta.

Creemos que si continúa la publicacion de este periódico con el esmero que se advierte hasta el dia, puede encomendarse á Dios el vetusto *Diario de Avisos*.

**NOTA.** A pesar de que hemos advertido repetidas veces á nuestros suscritores de provincia, que la falta que experimentan en la recepcion del periódico no es por ningun concepto culpa de la Redaccion; reproducimos este aviso por las constantes reclamaciones que se nos dirijen.

La Redaccion ha tomado todas las precauciones imaginables para evitar estas faltas, si á pesar de esto no se consigue remediarlas, achaquen la culpa á quien la tenga, puesto que las repetidas verificaciones que hace la Redaccion de los números que remite diariamente, la ponen en el caso de poder asegurar que nunca dejan de enviarse á todos los suscritores.